

podian verse un momento entre sus manos. El cardenal se decidió al fin, pero como se decide una persona á arrostrar la muerte.—Puesto que se necesita una victima, dijo, voy á sacrificarme, entregándome en manos de la Providencia.—Y aun fué tan imprudente que escribió á Nápoles cartas conformes con estas palabras, y que fuesen á parar á manos de nuestro ministro en dicha ciudad, quien las envió al primer consul; pero afortunadamente las juzgó mas bien como risibles que irritantes.

El viage á Paris del secretario de estado estaba lejos de obviar todas las dificultades, y evitar todos los riesgos, pues la marcha de Mr. Cacault y su retirada á Florencia, donde residia el cuartel general del ejército francés, iban quizá á producir malos resultados á los gobiernos de Roma y Nápoles. Ambos se hallaban amenazados de continuo por las pasiones comprimidas y cada vez mas vehementes de los patriotas italianos: los hombres que no querian ser gobernados por sacerdotes, que eran en gran número en el estado romano, odiaban al gobierno del papa, y el de Nápoles era aborrecido y con razon por la sangre que habia derramado. Podian pues, creer los hombres poco sesudos de Italia, que la marcha de Mr. de Cacault, era una especie de permiso para que hiciesen una tentativa arriesgada, y á fin de evitar cualquiera interpretacion torcida, convinieron de mútuo acuerdo en que Mr. de Cacault y el cardenal Consalvi partirian juntos, yendo en compañía hasta Florencia, quedándose en Roma el secretario de la Legacion.

Pusieronse pues, en marcha el 6 de junio,

(17 de pradiel), y se encaminaron hácia Florencia en un mismo carruage, siendo tal el deseo que tenia el cardenal de que se supiese que no habia habido rompimiento entre Francia y Roma, que en todas partes presentaba al pueblo á Mr. de Cacault, diciendo: «hé aquí el ministro de Francia.» Aquel viage conmovió los ánimos en Italia; pero, sin embargo, no produjo por el momento consecuencias funestas, porque los revolucionarios esperaban para obrar que el gobierno francés manifestase mas á las claras su modo de pensar.

El cardenal Consalvi se separó de Mr. de Cacault en Florencia, y se encaminó temblando hácia Paris (1).

(1)

FLORENCIA 19 DE PRADIAL, AÑO IX.

Francisco Cacault, ministro plenipotenciario de la república francesa en Roma, al ciudadano ministro de relaciones exteriores.

CIUDADANO MINISTRO:

He llegado á Florencia con el cardenal secretario de estado, quien fué por mí á la casa donde estaba aposentado, habiendo viajado juntos en un mismo carruage, y los criados míos y del cardenal en otro, pagando nuestros gastos el correo respectivo de cada uno.

La gente nos miraba á nuestro paso como atontada, y temiendo el cardenal no se imaginasen que me retiraba de resultas de un rompimiento entre ambas cortes, decia á todo el mundo: *hé aquí el ministro de Francia.* Este pais, agobiado con los males de la anterior guerra, se estremece cuando oye hablar de movimientos de tropas, y el gobierno romano teme aun mas á sus propios súbditos descontentos, sobre todo á los

Entretanto el primer consul, que habia recibido el proyecto enmendado, conociendo que las diferencias consistian mas bien en la forma que en el fondo, se habia ido calmando. Asi es que cuando supo que se dirigia á Paris el cardenal Consalvi en persona, para acabar de poner de acuerdo á la Santa Sede con el gabinete francés, se manifestó sumamente contento, y viendo que su ida era muy á propósito para zanjar todas las dificultades, ademas de que redundaba en lustre de su gobierno, se preparó á recibir dignamente al primer ministro de la corte romana.

El cardenal Consalvi llegó á Paris el 20 de junio (1.º de mesidor) saliendo á recibirle el aba-

que se acostumbraron en tiempo de la especie de revolucion porque han pasado á mandar y robar, de suerte que hemos evitado que se realicen esperanzas que rayan en temeridad, al mismo tiempo que disipado mortales terrores, y creo no se turbará la tranquilidad en Roma.

El día 18 trató el general Murat amistosa y públicamente al cardenal, haciendo que le diesen alojamiento, y enviándole una guardia de honor; conmigo quiso hacer lo mismo; pero nada he aceptado, y páro en la fonda.

Esta mañana salió el cardenal para Paris, á donde debe llegar poco despues que este pliego, pues viaja rápidamente: el infeliz conoce que si no logra complacer al primer consul, se pierde sin remedio, perdiendo á Roma, y desea saber la suerte que le está destinada, pues le he persuadido que el medio de salvarlo todo era darse prisa, porque el primer consul tiene motivos y muy graves para concluir de una vez y ejecutar pronto.

En Roma traté de que el papa firmase el concordato, y si me hubiera concedido este punto no habria salido de la ciudad santa; pero no conseguí realizar mi idea.

Ya se os alcanzará que el cardenal no va á Paris para firmar lo que el papa no ha querido firmar en Roma; pero siendo

te Bernier y monseñor Spina, quienes le tranquilizaron, manifestándole las buenas disposiciones que abrigaba el primer consul. Asi que convinieron en el traje con que se presentaria en la Malmaison, se trasladó á ella muy conmovido al pensar que iba á ver al general Bonaparte, quien para no aumentar la turbacion del cardenal, desplegó en su lenguaje todo el artificio de que la naturaleza le habia dotado, á fin de interesar su ánimo, mostrarle con franqueza las benévolas intenciones que tenia acerca de la iglesia, darle á conocer las graves dificultades que era preciso vencer para restablecer el culto en Francia, y lograr sobre todo persuadirle que interesaba mu-

como es primer ministro de su santidad y favorito suyo, va á ponerse en comunicacion directa con vos, nada menos que el alma del papa, por lo cual creo que habrá avenencia aca de las modificaciones, sobre todo tratándose como se trata de frases y palabras, á las cuales puede darse tantos giros, que al fin se encuentre uno bueno.

El cardenal lleva para el primer consul una carta confidencial del papa, y va animado del vivísimo deseo de terminar el negocio; por lo demas, es hombre de ingenio muy despejado; nada hay en su persona que imponga respeto, conociéndose á primera vista que no es la grandeza para él; aunque es algo abundante de palabras, no seduce ni blando, pero tiene un carácter dulce, y como le animen en tratándole con dulzura y confianza, se franqueará sin rebozo.

He escrito á Luciano Bonaparte, embajador en Madrid, manifestándole en que consiste el viaje del cardenal Consalvi á Paris, y por qué he venido á Florencia: tambien he dicho á los ministros del emperador y del rey de España que no hay que temer nada de la guerra entre nuestro gobierno y la corte pontificia.

Os saluda respetuosamente

CACAULT.

cho mas tratar con miramiento á los franceses, que no contemplar á sacerdotes resentidos, á emigrados y á príncipes que no solo habian perdido sus rentas y dignidades, sino que la Europa los habia abandonado condenándolos al desprecio. Por último, declaró al cardenal Consalvi que estaba pronto á transigir sobre ciertos detalles de redaccion que tenian ofuscada á la corte de Roma, siempre que en el fondo le concedieran lo que él miraba como indispensable; á saber, la creacion de un establecimiento eclesiástico enteramente nuevo, que fuese obra suya, y reuniera en su seno á todos los sacerdotes prudentes y respetables de todos los partidos.

El cardenal salió completamente tranquilo de aquella entrevista con el primer consul, y mientras permaneció en París, se presentó muy poco en público; observó una conducta circunspecta, tan distante de una severidad desmedida, como de esa facilidad italiana que tanto se critica á los sacerdotes romanos, y solo aceptó los convites que le dieron los ministros y cónsules. Lo que hizo fué dedicarse con el abate Bernier á resolver las últimas dificultades de la negociacion, para cuyo complemento habia que salvar dos obstáculos; uno de ellos relativo al título de *religion de estado*, que se deseaba obtener para la religion católica, y el otro á la deposicion de los antiguos titulares. El cardenal Consalvi queria que para justificar á los ojos de la cristiandad las grandes concesiones que la corte de Roma iba á hacer al primer consul, pudiera alegarse una declaracion solemne de la república francesa en favor de la iglesia católica; que á lo menos se declarase la

religion católica *religion dominante* en Francia, que se abolieran las leyes contrarias á la misma, y que el primer consul se comprometiese á profesarla públicamente, pues su egeemplo haria gran efecto en el ánimo de los pueblos.

El abate Bernier repitió, que proclamar una *religion de estado* ó una *religion dominante* era alarmar los demas cultos, despertar el temor de que volviese á reinar una religion opresiva, intolerante y que todo lo invadiese, y que era imposible otra cosa que no fuese declarar un hecho, á saber, que la mayoría de los franceses era católica. Añadió que para abolir las leyes anteriores era preciso hacerlo de acuerdo con el poder legislativo, lo cual causaria al gabinete francés dificultades inmensas; que el gobierno como tal gobierno no podia profesar una religion, y que aunque los cónsules podian profesarla particularmente, este hecho, individual y privado en cierto modo, no debia figurar en un tratado. En cuanto á la conducta personal del primer consul, dijo en voz baja el abate Bernier que concurriria á un *Te Deum* ó una misa; pero que no habia que esperar se entregase á las demas prácticas de la religion, pues habia cosas que no debia exigir el cardenal porque producirian un efecto mas sensible que provechoso.

Al fin convinieron en un preámbulo que enlazándose con el artículo 1.º puede decirse que satisfacía las miras de ambas legaciones.

Reconociendo el gobierno, decíase, que la religion católica es la religion de la gran mayoría de los franceses.....

Conociendo por su parte el papa que dicha reli-

gion habia reportado y esperaba reportar un gran beneficio del restablecimiento del culto católico en Francia, y de la profesion particular que de él hacian los consules de la República, etc.....

Por este doble motivo, animadas las dos autoridades por el bien de la religion y el mantenimiento de la tranquilidad interior, determinaron en el artículo 1.º que se ejerceria en Francia la religion católica, siendo público su culto con sujecion á los reglamentos de policia que se creyese necesario formar para mantener la tranquilidad, y en el segundo que habria nuevas diócesis, etc.

Este preámbulo estaba conforme con la intencion de todas las partes contratantes, puesto que proclamaba abiertamente el restablecimiento del culto, decia que se profesase en Francia con la misma publicidad que antes de la revolucion, daba el carácter de un hecho particular al culto profesado por los consules, y ponía esta alegacion en boca del papa, y no del gefe de la República. Vencidas afortunadamente las primeras dificultades, se presentaba en seguida la divergencia relativa á la deposicion de los antiguos titulares, pues aun cuando habia conformidad de pareceres en el fondo, pedía el cardenal Consalvi se evitase al papa el dolor de pronunciar en un documento público la deposicion de los antiguos obispos franceses, prometiendo que los que se negaran á hacer dimision, no serian considerados como titulares, y que el papa consentiria en nombrar quien ocupase sus sedes, pero deseaba que esto no constase formalmente en el concordato. El primer consul se mostró inflexible acerca de este punto, y salvó los términos en que debía redac-

tarse; exigió se dijera de un modo positivo que el papa se dirigiria á los antiguos titulares, pidiéndoles hiciesen renuncia de sus sedes, esperando que así lo harian por amor á la religion, y que si se negaban, se proceerian con nuevos titulares los obispados que iban á quedar existentes conforme al nuevo arreglo. Estas eran las espresiones que contenia el tratado.

Acerca de las demas condiciones no habia disputa: el primer consul debía nombrar los obispos y el papa instituirlos; pero sin embargo, el cardenal Consalvi reclamó una escepcion que el primer consul concedió al instante, la de que en caso de que el primer consul fuese protestante, se celebrara otro convenio para arreglar el modo de hacer los nombramientos. Se estipuló que los obispos nombrasen los curas, eligiéndolos entre los sacerdotes que fuesen del agrado del gobierno, y la cuestion del juramento se resolvió, adoptando para y sencillamente, el que los obispos prestaban antiguamente á los reyes de Francia. La Santa Sede reclamó con razon, y se le concedió sin dificultad, la autorizacion para establecer seminarios destinados á reclutar sacerdotes; pero sin obligacion de dotarlos por parte del estado. Formalizado el compromiso de no turbar á los compradores de bienes nacionales en la posesion que habian adquirido, se reconoció espresamente la validez de las ventas, diciéndose que el gobierno tomara medidas oportunas para abonar al clero un sueldo decente, y devolverle los antiguos edificios del culto y todos los presbiterios aun no enagenados. Conviniéron tambien en que se concederia á los fieles permiso para hacer do-

naciones religiosas, pero que el estado arreglaria la forma en que debian hacerse, forma que ya habian adoptado de comun acuerdo y en secreto: consistia en rentas sobre el gran libro, en vista de que el primer consul no queria absolutamente restablecer los bienes de manos muertas; pero aquella disposicion debia ser objeto de reglamentos ulteriores acerca del buen orden en la celebracion de los cultos, reglamentos que solo podia formar el gobierno.

En cuanto á los sacerdotes casados, el cardenal dió palabra de que inmediatamente se publicaria un breve de indulgencia; pero pidió que semejante acto de caridad religiosa, que emanaba de la clemencia del santo padre, conservase su carácter libre y espontáneo, y no pasase por una condicion impuesta á la Santa Sede, á lo cual se accedió sin dificultad alguna.

Al fin llegaron á ponerse de acuerdo el gobierno francés y la curia romana acerca de todos los puntos, y con arreglo á bases equitativas que garantian al mismo tiempo que la independencia de la iglesia francesa, su completa union con la Santa Sede. Nunca se habia celebrado con Roma un convenio ni mas liberal ni mas ortodoxo, pues es preciso reconocamos que aunque justificada por las circunstancias, era muy grave la resolucion que arrancamos al papa de deponer á los antiguos titulares que no quisieran hacer dimision, por manera que era preciso darse por satisfecho y acabar de una vez.

Sin embargo, habia en derredor del primer consul muchas personas que se afanaban por impedir consintiese definitivamente en la celebra-

cion del concordato: los hombres que le trataban con alguna intimidad, y tenian el privilegio de darle consejos, combatian su determinacion, y el partido del clero constitucional se movia en todos sentidos por temor de que no fuese á sacrificarle al clero *no juramentado*. Ya habia conseguido le permitieran reunirse entre sí y formar en París una especie de concilio nacional, siendo el objeto que el primer consul se propuso al conceder la autorizacion, estimular el celo de la Santa Sede, y darle á conocer lo peligroso que era retardar la celebracion del convenio. En aquella reunion se habló mucho y con poco comedimiento acerca de las costumbres de la iglesia primitiva que los autores de la santa constitucion civil habian querido introducir en la iglesia francesa, diciéndose que las tareas que consigo lleva el episcopado debian conferirse por eleccion, y que aun cuando esto no sucediera completamente, era preciso á lo menos que el primer consul eligiera los sugetos en una lista que le presentarian los fieles de cada diócesis; que los metropolitanos, es decir, los arzobispos, debian confirmar el nombramiento de obispos, y el papa únicamente el de aquellos; pero que no podia dejarse al arbitrio de la Santa Sede la institucion papal, sino obligarla á que la concediese dentro de un término dado, que era lo mismo que destruir completamente los derechos de la corte de Roma. Sin embargo, no todo lo que se dijo en aquella especie de concilio carecia de razon en cuanto á la práctica, pues manifestaron algunos ideas muy sanas acerca de la reduccion de diócesis, la circulacion de las bulas, y lo necesario que era no permitir se publicase ninguna

sin permiso especial de la autoridad civil, conviniendo por último, en que todas estas observaciones fuesen presentadas al primer consul en forma de votos para ilustrar la materia que estaba ventilando. Lo que mas y con mayor gusto se repitió en aquella asamblea, fué que mientras duró el terror prestó el clero constitucional servicios de importancia á la religion proscrita, que no huyó ni abandonó las iglesias, y no era justo fuesen á sacrificarlo por favorecer á los que durante la persecucion tomaron por pretesto la ortodoxia para librarse de los riesgos que corrió el sacerdocio. Todo esto era exacto, sobre todo con respecto á los simples sacerdotes, la mayor parte de los cuales demostró efectivamente las virtuosas cualidades que les atribuian los del concilio; pero lo que es los obispos constitucionales, sin embargo de que algunos eran dignos de respeto, eran hombres avezados á las disputas, verdaderos sectarios á quienes impulsó la ambicion ó el orgullo de entrar en controversias teológicas, y que no merecian compararse con sus subordinados, tan sencillos como modestos. El abate Gregorio, que era el mas revoltoso entre los constitucionales, era un gefe de secta, de costumbres puras; pero de escaso entendimiento y escésiva vanidad, teniendo en su conducta política una mancha difícil de borrar, pues sin haberse espuesto á las violencias ni á las medidas de terror que arrancaron de la Convencion un voto de muerte contra el desgraciado Luis XVI, hallándose como se hallaba ausente el abate Gregorio, y en libertad de callar, escribió á aquella asamblea una carta que respiraba sentimientos muy poco conformes con lo que

dictan la humanidad y la religion. Como no le convenia en manera alguna el cambio que se notaba en las ideas, luchaba aunque inútilmente contra las tendencias del gobierno consular, teniendo muy buen cuidado de entablar relaciones con la familia de Bonaparte, por cuyo conducto dirigia al gefe del gabinete multitud de objeciones contra la resolucion que iba á adoptarse. El primer consul dejaba á los constitucionales en libertad de que hiciesen y dijeran lo que tuviesen á bien, dispuesto siempre á contenerlos si querian dar un escándalo; pero no le pesaba que incomodasen con su presencia á la Santa Sede, sirviendo como de estímulo á su lentitud. Aunque le gustaban poco los individuos de aquel clero, al ver que por lo general eran teólogos quimeristas, queria defender sus derechos, y presentar al papa para obispos á los que se hubiesen dado á conocer por su pureza de costumbres y su espíritu de sumision, sin que se necesitase mas para el mayor número de ellos, pues lejos de causarles repugnancia su incorporacion con la Santa Sede, la deseaban como el medio mas seguro y honroso que tenian de salir de una vida agitada, y del estado de degradacion en que habian caído para con los fieles, como que la mayor parte se oponia al arreglo con Roma por temor de que lo sacrificasen en masa en provecho de los antiguos titulares.

Aun tenia que luchar el primer consul con una oposicion mas temible, que salia nada menos que del ministerio, pues ofendido Mr. de Talleyrand al ver que la corte de Roma se mostraba menos dócil é indulgente de lo que en un principio creyó, la trataba con frialdad, y aun contrarió visible-

mente la negociacion que empezó de muy buena gana, cuando solo vió en ella, una paz mas que habia que celebrar. Ya hemos dicho que se marchó á tomar baños dejando al primer consul un proyecto enteramente redactado, absoluto en la forma, ofensivo, y que la corte de Roma no quiso admitir bajo ningun concepto. Mr. de Hauterive se encargó de continuar su papel, y siendo como era poco amigo de complacer á la Santa Sede por que hallandose ya en la mitad de su carrera eclesiástica, habia abandonado las órdenes en la época de la revolucion, opuso mil dificultades de redaccion al proyecto concertado entre el abate Bernier y el cardenal Consalvi. Segun él, debia indicarse de un modo mas espreso y terminante la destitucion de los antiguos titulares, decir que las mandas piadosas solo podrian consistir en rentas, y especificar en fin, un artículo formal la rehabilitacion católica de los sacerdotes casados etc., lo cual era reproducir las mismas dificultades contra las que habia estado á punto de estrellarse la negociacion, y aun en el mismo dia en que debia firmarse el convenio envió al primer consul una memoria apremiante sobre aquellos diferentes puntos.

Terminados todos los debates se reunieron todos los cónsules y ministros para discutir y resolver definitivamente la cuestion. En aquella junta hubo quien repitió las objeciones de que ya hemos hablado, ponderando el inconveniente que iba á resultar de oponerse á los deseos del pueblo francés, aumentar el presupuesto con nuevas cargas y poner en peligro los bienes nacionales, despertando en el animo del antiguo clero restableci-

do ya en su empleo, mas esperanzas de las que se hallaba dispueslo el gabinete á satisfacer. Hablóse tambien de un proyecto de simple tolerancia reducido únicamente á devolver los edificios religiosos, lo mismo á los sacerdotes *no juramentados* que á los que prestaron juramento, y á presenciar impasibles sus reyertas sin perjuicio de intervenir si llegaba á turbarse el orden material.

El consul Cambaceres que era sumamente partidario del concordato, se espresó con calor acerca de este asunto, y contestó victoriosamente á todas las objeciones, sosteniendo que el peligro de oponerse á los deseos del pueblo francés solo podia venir de algunos mal contentos, pero que las masas acogieran con gusto el restablecimiento del culto, porque moralmente necesitaban ya entregarse á él; que tratándose de una materia de tanta importancia, debia despreciarse la consideracion de los gastos que iba á producir, y que los bienes nacionales adquirian por el contrario mas validez que nunca con la consagracion de las ventas obtenida de la Santa Sede. Al llegar á este punto Mr. Cambaceres fué interrumpido por el primer consul que siempre inflexible cuando se trataba de los bienes nacionales, declaró que hacia el concordato precisamente á causa y por el interés de los compradores de esos bienes, y que combatiría con todo su poder las pretensiones de los sacerdotes que por necesidad ó malevolencia tratasen de abusar de la importante medida que iba á tomarse. Anudando su discurso el consul Cambaceres, demostró que era tan ridiculo como difícil de realizar ese proyecto de indiferencia entre partidos religiosos que disputarian entre si la con-

fianza de los fieles, los edificios del culto, y los dones voluntarios de la religión pública; que proporcionarían al gobierno las molestias de una intervención activa sin ninguna de sus ventajas, y concluirían tal vez en reunir todas las sectas en una sola iglesia enemiga, independiente del estado y dependiente de una autoridad extraña.

El consul Lebrun habló en igual sentido, y por último, el primer consul expresó en pocas palabras y de un modo claro, terminante y perentorio su modo de pensar, diciendo que conocía las dificultades y peligros de su empresa, pero que sus miras eran muy altas para que fuese á pararse en algunas dificultades momentáneas, y que estaba decidido á llevar á cabo la celebracion del Concordato. Esto alejaba toda duda, de suerte que no habia mas remedio sino obedecer sin perjuicio de desaprobación y aun crítica su decisión cuando no estuviese presente: sometiéronse, pues, y se mandó fuese firmado el concordato en los términos en que habia sido redactado definitivamente por el abate Bernier y el cardenal Consalvi.

Siguiendo el primer consul la costumbre que tenia de reservar para su hermano mayor la conclusión de todos los actos importantes, designó como plenipotenciario á José Bonaparte, el consejero de estado Eretet y el abate Bernier merecedor de tanta honra por el trabajo que se habia tomado, y la habilidad que desplegó en el curso de aquella larga y memorable negociacion. Los plenipotenciarios del papa, fueron el cardenal Consalvi, monseñor Spina y el padre Caselli sabio italiano que pertenecía á la legacion romana, donde servia de mucho, gracias á sus grandes co-

nocimientos teológicos. Reunidos *proforma* en casa de José Bonaparte, volvieron á leer las actas, hicieron las variaciones de estilo que habian ido dejando para el último momento, y el 15 de julio de 1801 (26 de messidor), firmaron el convenio mas importante que la corte de Roma ha celebrado con Francia y quizá con ninguna potencia cristiana, pues ponía término á una de las tormentas mas espantosas porque ha tenido que pasar la religión católica, y cortaba en Francia un cisma deplorable colocando á la iglesia y la nacion en un estado de union é independencia convenientes para ambos paises.

Firmado el tratado, que despues tomó el título de concordato, quedaba aun mucho por hacer, pues era preciso que el santo padre lo ratificase, alcanzar las bulas que debian ser publicadas al mismo tiempo que él, como igualmente los breves dirigidos á todos los antiguos titulares para que hiciesen dimision voluntariamente; trazar en seguida las nuevas diócesis, y elegir los sesenta nuevos prelados, para todo lo cual era preciso caminar de acuerdo con Roma. En una palabra, esta era una negociacion no interrumpida hasta el dia en que al fin pudiera cantarse un *Te Deum* en Nuestra Señora en celebracion del restablecimiento del culto. El primer consul hubiera querido que todo esto se hiciese á la mayor brevedad para celebrar á un mismo tiempo la paz con las potencias europeas y la que acababa de hacerse con la iglesia; pero no era fácil realizar su deseo: sin embargo, diéronse toda la prisa posible para arreglar todos estos detalles á fin de retardar cuanto menos se pudiera el gran acto de la restauracion religiosa.

El primer consul no publicó por entonces el tratado porque para ello necesitaba las ratificaciones, pero dió cuenta de él al Consejo de estado en la sesión de 6 de agosto (18 de termidor) contentándose con dar un análisis sustancial y enumerando los motivos que había tenido el gobierno para celebrarlo. Los que le oyeron aquel día se quedaron sorprendidos al ver el lenguaje terminante, vigoroso, y elevado de que se valió; lenguaje digno del magistrado que mandaba el imperio, mas sin embargo, de aquella elocuencia sencilla y robusta á que Ciceron llamaba hablando de César *vim Cæsaris*, no consiguió el primer consul que acogiesen favorablemente su obra (1). Quedáronse mustios y cabizbajos como si pereciendo el cisma pareciese tambien una de las obras mas apreciadas de la revolucion, y no teniendo que discutir acerca de la conveniencia ó no conveniencia del contrato ni que votarle, puesto que todavia no se hallaba sometido á las deliberaciones del Consejo de estado, nada turbó el silencio de aquella escena. Callaron todos sus individuos, y se separaron sin pronunciar una

(1) *Carta de monseñor Spina al cardenal Consalvi, secretario de Estado.*

PARIS 8 de agosto.

Giovedì scorso il Primo Console essendo al consiglio di stato, instruito che in Parigi si parla della convenzione da esso fatta con sua santità, e che ognuno ignorandone il preciso ne parla e fa dei commenti á seconda della propria immaginazione, prese da cio ragione di communicarne al Consiglio medesimo l'intero tenore. So che partò un ora e mezza, dimostrandone la necessitá et l'utilitá, é mi rieu riferito che parlasse eccellente-

palabra, sin espresar siquiera con alguna esclamacion si aprobaban ó no lo hecho; pero el primer consul habia manifestado que tal era su voluntad y esto bastaba para contar con el apoyo de los que aunque guardaban silencio no querian disgustarle, y de los que respetando su genio y conociendo los bienes inmensos que derramaba sobre la Francia, estaban decididos á dispensarle hasta las faltas.

Pensando el primer consul que habia estimulado bastante á la corte de Roma, creyó que ya era tiempo de que cesase el concilio de los constitucionales, y en su consecuencia mandó que se separasen. Como ninguno de ellos se atrevia á ofender á la autoridad que iba á distribuir sesenta sedes, á las cuales daba nuevo realce la institucion pontificia, obedecieron el mandato del primer consul; pero al tiempo de separarse le presentaron un acta decorosa en la forma, que contenia sus miras tocante al nuevo establecimiento religioso y las proposiciones de que ya hemos hecho mencion.

El cardenal Consalvi salio de París con direc-

mente. Siccome non richiese qual fosse il parere del suo Consiglio, ognuno si tacque. Non ho ancora potecto sapere quale impressione facesse nell' animo dei consiglieri in generale. Y buoni ne godettero, ma il numero di questi é ben ristretto. Procurerò d' indagare qual sia l'impressione fatta in quelli che vono di diversa opinione. Pare che il Primo Console andar voglia preparando gli spiriti di quelli che sono nemize di questa operazione á non contrariarla, mà nulla otterrà fino á che non prenda qualche misura piu energica contro i costituzionali, é fino á che lascia il culto cattolico esposto alla sferza del ministro della pulizia.

cion á Roma, debiendo llevarse consigo á Mr. de Cacault, por cuyo regreso, así como por el de su ministro, hacia votos fervientes el papa, pues reinaba gran fermentacion en la Italia Baja. Los patriotas italianos de Nápoles y del Estado romano aguardaban impacientes se presentase una ocasion de promover un trastorno, y los bandidos del antiguo partido de Ruffo, los sicarios de la reina de Nápoles, esperaban tener un pretexto para arrojar sobre los franceses, pues aunque se hallaban animados de muy diversa intencion aquellos hombres, estaban prontos á unir sus esfuerzos para introducir en todas partes la confusion y el desórden. La noticia del ajuste celebrado entre los gobiernos de Francia y Roma, y la certeza que tenian de que el general Murat, quien se hallaba en las inmediaciones á la cabeza de un ejército, intervendria á favor del papa, contuvieron los ánimos, evitando sus proyectos siniestros; pero sin embargo de esto, el sumo pontifice se alegró infinito de que regresasen á Roma el cardenal Consalvi y el ministro de Francia. Sin pérdida de momento convocó la congregacion de cardenales, á fin de que examinaran la nueva obra, y mandó preparar bulas, breves y cuanto era consecuencia necesaria del concordato. Aquel digno pontifice estaba sumamente contento, pero no tranquilo, pues aun cuando abrigaba la conviccion de que habia hecho bien, y que solo inmolaba en beneficio de la iglesia intereses de faccion, habia estallado en Roma la amarga censura del partido del trono y el altar, y aunque el santo padre habia separado de su lado á los hombres de mala intencion, llegaban á sus oidos sus

palabras, conmoviéndole en gran manera. Viendo el cardenal Maury con la superioridad propia de su talento, que la causa de la emigracion era perdida, y pensando quizá con secreta satisfaccion que iba á llegar el momento en que todos los hombres que gemian fuera de su pais, volvieran á Francia, se mantuvo alejado de las intrigas en su obispado de Montefiascone, ocupándose únicamente en reunir una biblioteca que era el encanto de su retiro; bien es verdad que deseando el papa no dar al primer consul el menor asomo de queja, habia manifestado á este cardenal lo conveniente que era en aquellos momentos para el gobierno pontificio su retiro en Montefiascone.

El papa, pues, estaba satisfecho, pero lleno de inquietud (1) y activaba, cuanto podia la con-

(1) *Carta de Mr. de Cacault, ministro plenipotenciario de la república francesa en Roma, al ministro de relaciones esterores.*

ROMA 8 de agosto de 1801 (20 de thermidor, año IX.)

CIUDADANO MINISTRO:

Para daros cuenta del estado en que se halla el negocio de la ratificacion del papa, nada mejor que pasar á vuestras manos original la carta que acabo de recibir del cardenal Consalvi, quien se halla enfermo, habiendo tenido su santidad que trabajar hoy en casa de su ministro de estado.

El Sacro colegio en masa debe concurrir á la ratificacion, de suerte que todos los doctores principales están ocupados; en cuanto al santo padre, podemos compararle, al verle tan conmovido y desasosegado, á una novia que ni aun siquiera se atreve á alegrarse abiertamente de la boda que va á hacer. No hay egemplo

Biblioteca popular.

T. III. 885